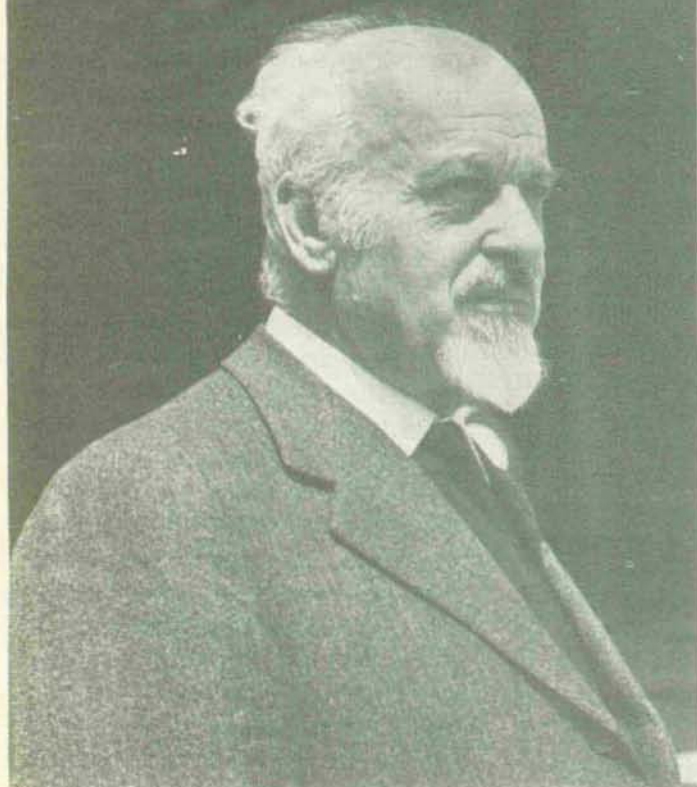


Lelio Basso



Pasado y presente del socialismo italiano

Una entrevista de
María Ruipérez
y Manuel Pérez Ledesma

POR primera vez desde hace más de cuarenta años, Lelio Basso estuvo recientemente en Madrid. Basso es una de las figuras históricas de mayor prestigio en el socialismo italiano y europeo, al que ha dedicado más de cincuenta años de su vida activa. Le acredita una larga trayectoria: combatiente contra el fascismo italiano, miembro de la dirección del P. S. I. desde 1944 a 1959, director de la revista *Problemi del Socialismo* desde 1958 hasta hoy, presidente del P. S. I. U. P. en los años sesenta, diputado por Milán desde 1948 a 1972, y senador a partir de esa fecha, su actividad política no se ha reducido al ámbito italiano, sino que ha alcanzado una merecida dimensión internacional. Desde 1964 a 1968 dirigió la revista bilingüe *International Socialist Journal-Revue Internationale du Socialisme*, cuya importancia para la renovación del socialismo europeo es sobradamente conocida. En las mismas fechas, fue miembro del Tribunal Russell sobre los crímenes americanos en Vietnam, y tras la muerte de Bertrand Russell, pasó a desempeñar la presidencia del Tribunal Russell II sobre la represión en Chile, Brasil y en toda América Latina. Autor de varias obras, traducidas a diversos idiomas, su figura representa la difícil fusión del intelectual de primera fila con el militante incansable por el socialismo y la libertad.

Aprovechando su breve estancia en Madrid, tuvimos la suerte de conversar con este «joven de setenta y tres años», combativo y optimista, que aún espera colaborar en el triunfo definitivo del socialismo en su país. Y esa conversación es la que ahora resumimos para los lectores de TIEMPO DE HISTORIA.

—¿Cuándo se produjo su incorporación a la vida política? ¿Cuál era, en aquel momento, la situación política italiana?

LELIO BASSO.—Nací en 1903, y empecé a preocuparme por la política cuando todavía era un chico. Era la época de la Primera Guerra Mundial, y aunque todavía estaba en el Liceo, ya tenía opiniones políticas. Pero mi primer contacto con el Partido Socialista se produjo en 1921 a los 18 años, cuando entré en la Universidad. El fascismo todavía no había llegado al poder —lo conquistó un año después, en 1922—, pero ya estábamos en plena lucha contra su ascenso. La lucha se agudizó tras la Marcha sobre Roma, y en esa lucha participé activamente: en 1924 fui elegido presidente de la asociación de estudiantes antifascistas, que se llamaba

«Gruppo Golliardico per la libertà». Esta fue mi iniciación a la vida política.

Cuando me inscribí en el Partido Socialista, ya se había creado en Italia el Partido Comunista; pero me afilié a aquél, y no a éste, por una razón por la que todavía ahora estoy en desacuerdo con el Partido Comunista: porque no aprobaba la estrategia de la Tercera Internacional, que quería imponer a todos los partidos comunistas las veintiuna condiciones, iguales para todos los países, como si en todos ellos se pudiese establecer la misma estrategia sin tener en cuenta las diferencias en las condiciones sociales, políticas, etc., de cada uno de ellos.

—En el momento de su entrada en la vida política, ¿cuál era la correlación de fuerzas, después de la escisión, entre el

Partido Socialista y el Partido Comunista, y cuáles eran las principales tendencias existentes en el interior de uno y otro?

L. B.—La correlación de fuerzas puede descubrirse examinando las elecciones de mayo de 1921, aproximadamente tres meses después de la creación del Partido Comunista como consecuencia de la escisión en el Congreso de Livorno. En las elecciones, aunque no recuerdo las cifras exactas, el Partido Socialista consiguió unos ciento veinte diputados, mientras el Partido Comunista sólo consiguió unos quince. A partir de aquí, el P. C. intentaría mejorar sus posiciones, para alterar a su favor esta correlación de fuerzas. El Partido Socialista estaba dividido en dos tendencias fundamentales: una de



Miembro del Tribunal Russell que juzgó los crímenes norteamericanos en el Vietnam, Lelio Basso ocuparía —tras la muerte del filósofo inglés— la presidencia del Tribunal Russell II sobre la represión en Chile, Brasil y demás países de América Latina. En la foto le vemos presentando un informe ante dicho Tribunal, dentro de una sesión a la que también asistieron los novelistas Gabriel García Márquez —en la mesa presidencial— y Julio Cortázar (sentado junto al público).

derecha, la tendencia de Turati, líder histórico del partido, que era minoritaria, y otra de izquierda, la de los partidarios de que el partido se adhiriese a la Tercera Internacional. Esta última era la tendencia mayoritaria, dirigida por Serrati. Era un ala intransigente, que no quería contactos con los partidos burgueses, que se opuso en 1921 a la formación de un Gobierno de coalición de socialistas y **popolari**, apoyado por Turati para impedir el ascenso del fascismo. Después de la escisión comunista de enero de 1921, estas dos tendencias se volvieron a escindir un año después; en octubre de 1922 los mayoritarios, llamados «maximalistas», expulsan del partido a los reformistas de Turati, con lo que el partido sigue perdiendo fuerza, al mismo tiempo que los ataques de los fascistas contra las sedes del partido y de los sindicatos, los ataques a los dirigentes socialistas, los apaleamientos de los miembros del partido... disminuían su capacidad de resistencia y minaban su organización.

—Después de la subida de Mussolini al poder, y sobre todo tras la radicalización fascista de 1925-26, los partidos

políticos fueron disueltos y tuvieron que pasar a la clandestinidad. ¿Cuál fue, a partir de entonces, la actividad del Partido Socialista, y en concreto la de Lelio Basso?

L. B.—El asesinato de Matteotti en 1924 señala el comienzo de una clara persecución contra los partidos y periódicos antifascistas. En 1925, se suspende la publicación de los principales periódicos socialistas, y en noviembre de 1926, tomando como disculpa un atentado contra Mussolini, toda la oposición es declarada fuera de la ley, y tiene que refugiarse en la clandestinidad. Hasta entonces, desde 1923, cuando tenía 20 años, yo colaboraba en varios periódicos y revistas socialistas; en **Avanti**, en **Critica Sociale**, la revista teórica del grupo de Turati.

A partir de noviembre de 1926, se acabó toda esta actividad. Yo hice un intento, único en aquel momento, de mantener con vida una revista antifascista; no era, por supuesto, una revista política, sino una revista de filosofía, de literatura..., pero para los lectores resultaba claro que por debajo de estos temas mantenía un discurso político. Sólo conseguimos sacar

cuatro números, y en abril de 1928, me detuvieron y encarcelaron. El caso es que pasé tres años, primero en prisión y después deportado. Al volver en 1931, recomencé mi labor política. En el intermedio, en Francia los exiliados socialistas habían conseguido la reunificación del Partido. Por eso, de acuerdo con los compañeros del interior, nos pusimos en contacto con este partido reunificado y fundamos un «Centro interno», una dirección en el interior de Italia pero que al mismo tiempo dependía de la dirección de París. Yo no estaba por completo de acuerdo: temía que los compañeros que se encontraban fuera del país no tuvieran una visión realista de la situación italiana y continuasen hablando, orientando la actividad política y escribiendo sobre la base de esquemas anteriores a la subida del fascismo, sin darse cuenta de los auténticos cambios en la situación. Por eso, yo sostenía que la dirección real del partido debía estar en el interior de Italia.

De todas formas, este «Centro interno» fue descubierto por los fascistas; Morandi, uno de los principales dirigentes, fue arrestado en 1936, otros com-



En noviembre de 1926 y tomando como disculpa un atentado contra Mussolini, el fascismo declara fuera de la ley a toda la oposición. Comienza entonces para el Partido Socialista una difícilísima etapa de clandestinidad, que no terminaría hasta la liberación de Italia. (Vemos en la imagen uno de los Consejos de Ministros presididos por Mussolini —a la izquierda— durante el periodo final del fascismo.)



Del declive del Partido Socialista Italiano, «tiene una gran responsabilidad personal quien ha sido durante muchos años su líder, Pietro Nenni (contra el que se produjo la manifestación que contemplamos). Es un político empírico, sin ninguna teoría y sin ninguna estrategia, que ha cambiado de política según lo que consideraba que le era útil», opina Lello Bassó.

pañeros cayeron después, y yo fui detenido de nuevo en 1939 y enviado a un campo de concentración en 1940. En resumen, durante ocho años había podido mantener una actividad clandestina, junto a otros compañeros. Pero nuestra actividad fue muy inferior a la de los comunistas: no teníamos medios financieros, ni militantes permanentes, ni ayudas exteriores como los comunistas, por lo que el Partido Socialista sólo mantuvo en esta época la actividad de pequeños grupos de personas, de unos cientos de compañeros.

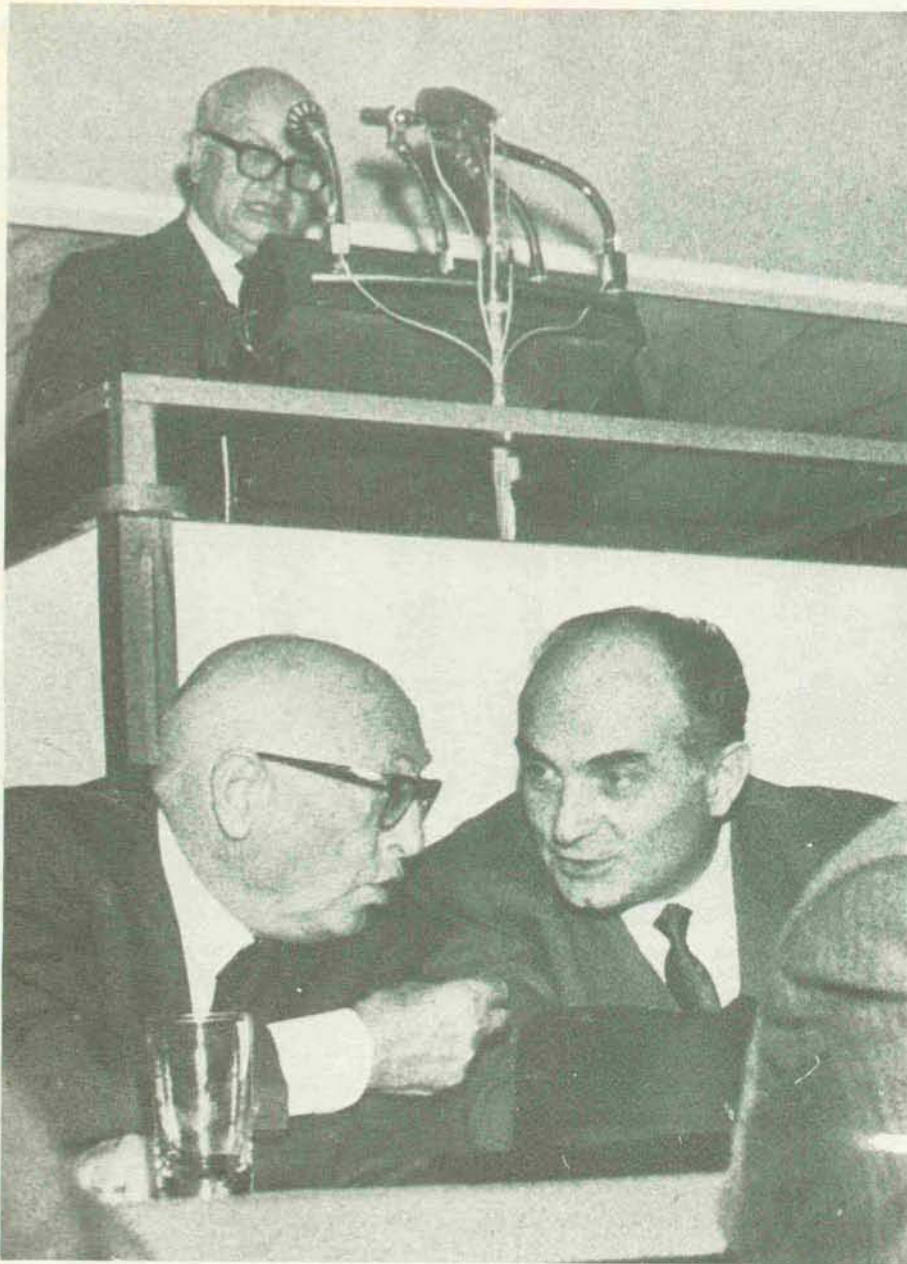
Durante la Segunda Guerra Mundial, muchos de nosotros fuimos liberados y recomendamos la actividad clandestina, pero con una perspectiva distinta: pensábamos que la derrota del fascismo era inevitable y que era necesario reconstruir el Partido Socialis-

ta. En este momento, yo hice una tentativa de transformación del socialismo. Yo había permanecido durante los veinte años anteriores en Italia, y era ya un dirigente socialista conocido. En cambio, los viejos dirigentes socialistas habían permanecido durante aquel tiempo en silencio, al margen de la actividad política, y ahora volvían a la lucha política dispuestos a reconstruir un partido anclado todavía en la época anterior.

Por eso yo era contrario a que se volviese a reconstruir, sin ningún cambio, el partido. De acuerdo con esto, fundamos en Milán, donde yo estaba entonces, un movimiento que se llamaba «Movimiento de Unidad Proletaria» (M. U. P.), cuya idea central era que las razones que habían determinado la escisión de 1921 ya no existían, por lo cual era necesario empezar de nuevo desde

un movimiento unitario que no estuviera ligado a las viejas polémicas. Tuvimos algún éxito; pero después del golpe de Estado del rey, que encarceló a Mussolini y dio paso al Gobierno Badoglio, en julio de 1943, los viejos dirigentes socialistas reorganizaron el Partido Socialista, y consiguieron —como era lógico— muchas más adhesiones que un pequeño movimiento como el nuestro, surgido en la clandestinidad y al que casi nadie conocía. Entonces nos dimos cuenta de que no teníamos ninguna posibilidad de prosperar, y de que convenía ingresar en el Partido Socialista para tratar de cambiarlo desde dentro.

Así, a principios de agosto del 43 llegamos a un acuerdo por el que disolvimos nuestro movimiento y entramos en el Partido, cuyo nombre pasó a ser Partido Socialista Italiano de



La línea de derechas de Nenni (aquí, a la izquierda, conversando con el secretario del Partido Socialdemócrata mientras pronuncia un discurso el a su vez secretario del P. S. I.) triunfó definitivamente dentro del Partido Socialista durante 1963, con el primer Gobierno de centro-izquierda en el que colaboraban democristianos y socialistas. La clase obrera fue perdiendo rápidamente la confianza en el P.S.I.

Unidad Proletaria (PSIUP); como se ve bien claro, las dos últimas palabras eran nuestras. Al año siguiente, en el 44, entré en la dirección del partido, todavía clandestina, y hasta el fin de la Resistencia dirigí la organización del partido en el Norte de Italia. Tras la liberación, pudimos organizar libremente el Partido Socialista. Desde el final de la guerra, a mediados de 1945, hasta enero del 47, coexistieron varias tendencias en el partido: había un ala dere-

cha, socialdemócrata, cuyo dirigente era Saragat, y un ala izquierda, que dirigiámos Nenni y yo. Pero entre los dos también había diferencias: en aquella época, Nenni se orientaba hacia el Partido Comunista, apoyaba sus posiciones y soñaba con la posibilidad de un Frente Popular, como el que había conocido durante su exilio en Francia. En cambio, yo mantenía ciertas reservas ante el Partido Comunista —las mismas que siempre he mantenido—, tanto por

su estructura interna, como por su actividad, en aquel momento muy ligada todavía a las directrices soviéticas. Por eso, defendía una política de izquierda, pero también una política de absoluta independencia, sin subordinación al Partido Comunista. Pero mi posición resultó ser minoritaria, y en 1948 se aprobó la fórmula de Frente Popular, que resultaría un gran fracaso para la izquierda italiana.

—A partir de los años cincuenta, y de forma ininterrumpida hasta nuestros días, el Partido Socialista Italiano se encuentra en una fase de creciente declive, que contrasta, por ejemplo, con el auge reciente del socialismo francés o de otros países mediterráneos. ¿Cuáles son, a su juicio, las causas de este declive?

L. B.—Las causas son múltiples. Yo creo que sobre todo tiene una gran responsabilidad personal quien ha sido durante muchos años el líder del partido, Pietro Nenni. Es un político empírico, sin ninguna teoría, y por ello sin ninguna estrategia, que ha cambiado de política de un momento al siguiente según lo que consideraba que le era útil. Tiene una concepción de la política típica de los radicales franceses: la política se hace en el Parlamento, en la dirección del partido, y la base no cuenta más que para la obtención de votos en las elecciones. Por eso, no se ha preocupado por la organización del partido, por la formación de cuadros, por la elaboración teórica. Yo tuve conflictos con él cuando yo era su secretario general del partido; no se podía hacerle respetar la disciplina de la organización; era un indisciplinado, un rebelde. Primero intentó llevar a cabo la política de Frente Popular con los comunistas. En las primeras elecciones para la Asamblea Constituyente, en

julio de 1946, el partido socialista fue el segundo en número de votos, tras la democracia cristiana, pero antes que los comunistas. En 1947, el partido socialista ya era el tercero, después de los comunistas. En 1948, ante las primeras elecciones para un Parlamento ordinario, Nenni ganó, como dije antes, la batalla para organizar un Frente Popular, pero las elecciones fueron un desastre, el partido perdió muchos votos, y desde ese momento entró en una grave crisis de la que no ha salido hasta ahora. La crisis se manifestó en la organización del partido bajo la dirección de Morandi, que le dio un sello stalinista: no se podía discutir ni manifestar desacuerdos, y la vida de la organización no se ajustaba en nada a la democracia que había caracterizado siempre a los partidos socialistas.

Esta situación duró hasta fines del 56, cuando el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS aprobó la desestalinización en Rusia, y esta decisión provocó un cambio de política en el PSI: de repente, Nenni abandonó la alianza con los comunistas para buscar la de los socialdemócratas de Saragat. La nueva línea de derecha de Nenni, tras una dura lucha de corrientes, triunfó definitivamente en 1963, con la entrada de los socialistas en el primer gobierno de centro-izquierda. El olvido de los objetivos socialistas en los diez años siguientes, unido a los giros en su línea política que ya hemos mencionado, le han hecho perder en todo este tiempo muchos apoyos, y sobre todo le han hecho perder la confianza de la clase obrera, alineada en su mayoría junto al Partido Comunista.

—**Precisamente en este momento fue cuando usted, después de cuarenta años de militancia, abandonó el Partido**

Socialista y fundó el PSIUP. ¿A qué se debió este cambio de actitud?

L. B.—El programa del primer gobierno de centro-izquierda, formado en diciembre del 63, sólo incluía algunas reformas muy discutibles. Por eso, cuando se votó en el Parlamento la confianza a este Gobierno, yo hice una declaración de voto en la que manifestaba mi negativa a votar esa confianza, porque el programa no sólo no era socialista, sino que ni siquiera era un programa democrático de izquierda, por lo que iba a

agravar la desilusión y la desconfianza en el seno del partido. Me apoyaron 23 diputados. Como respuesta, el partido nos condenó a un año de suspensión de la actividad política; pero como no podíamos aceptar estar sin hacer política en unos momentos especialmente difíciles para el país, nos separamos del partido y fundamos el Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria. De todas formas, mi permanencia en este último partido fue corta: aunque fui elegido presidente del mismo, de hecho estaba en



Según Basso, «el Partido Comunista es en estos momentos el mejor de los existentes en Italia». Apoyado por la gran mayoría de la clase obrera, el P.C.I. ha ido ganando votos y prestigio en estos últimos años, al mismo tiempo que se hundía el socialismo italiano. De ese apogeo actual fueron índice las últimas elecciones, cuyos resultados mira satisfecho Enrico Berlinguer —secretario general del P.C.I.— bajo el retrato de Gramsci.

minoría frente a una mayoría de antiguos funcionarios del PSI, que a mi juicio conservaban una mentalidad en gran medida burocrática y demasiado filosoviética, como se demostró en el verano de 1968, tras la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia. En ese momento, aunque conseguí del Comité Central del partido un voto de condena a la intervención, me di cuenta de que ese voto se debía más al respeto hacia mi persona y mis posiciones, que a una auténtica convicción. Por eso, al acabar el año, no renové mi carnet del partido, dimití de mi cargo y desde entonces actúo en política como socialista independiente, no vinculado a ningún partido y ligado sólo a un grupo parlamentario de izquierda independiente.

—En el momento actual, tras la separación de los socialistas de la coalición gubernamental y la aprobación de una nueva línea política del PSI, y tras la crisis y desaparición del PSIUP, ¿cuáles son, en su opinión, las perspectivas del socialismo italiano?

L. B.—La separación de los socialistas del gobierno de centro-izquierda se produjo en 1972, después de varios años en los que el partido, aún formando parte del gobierno, mantuvo una actitud crítica ante la experiencia de colaboración con la democracia cristiana. Tras su salida del gobierno, los socialistas acentuaron sus críticas y asumieron, al menos verbalmente, posiciones de izquierda, que han sido ratificadas en el congreso de este año. En este congreso, se aprobó por unanimidad una política de «alternativa socialista», cuyo significado no está muy claro —no se sabe si significa avanzar de inmediato hacia el socialismo, o en caso contrario, a qué se refiere—, y se acordó mante-

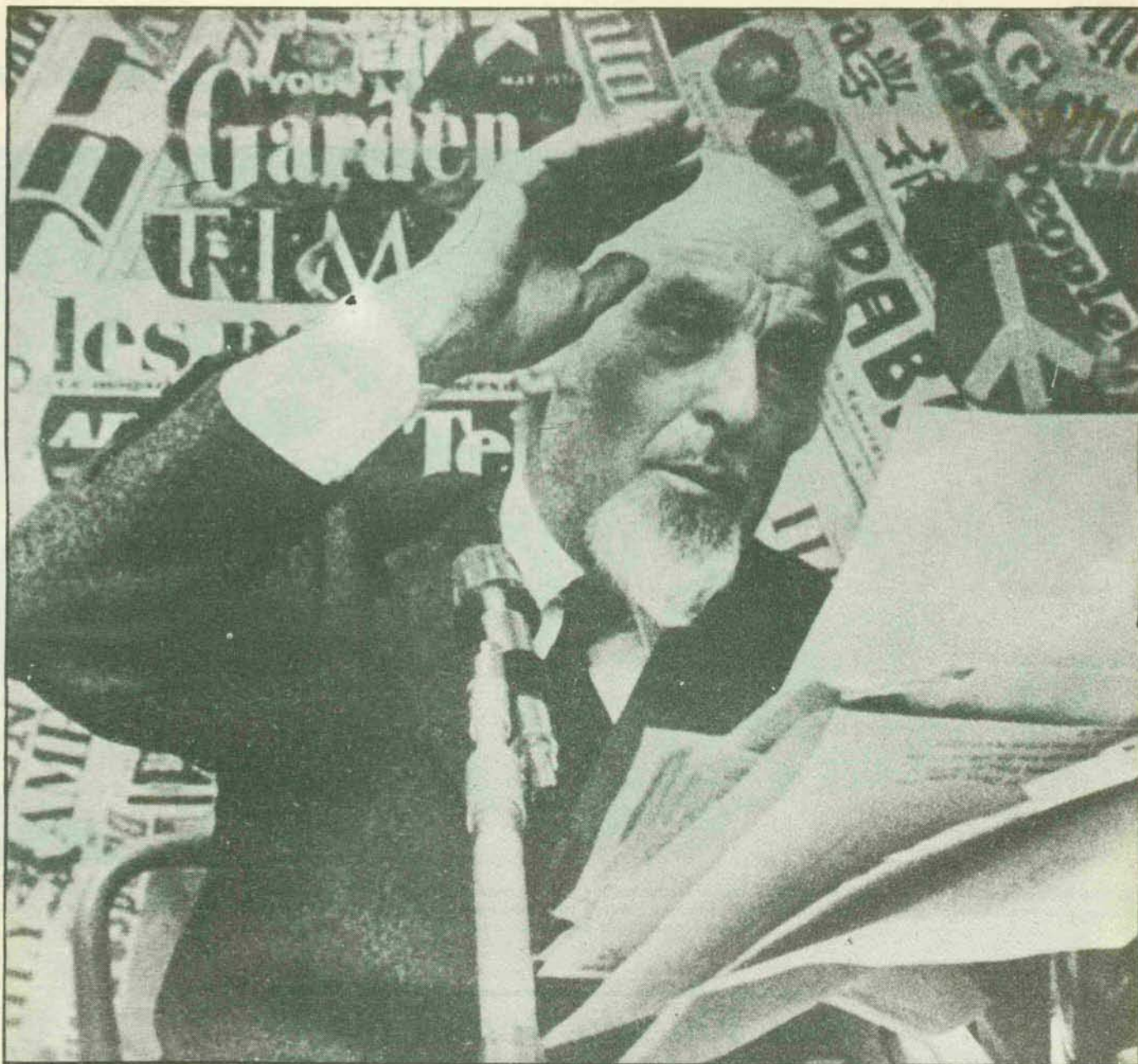
nerse en la oposición al gobierno de la democracia cristiana. De hecho, aunque no, se ha dicho nada al respecto, me parece que se intenta volver a la unión con los socialdemócratas: organizar un partido socialista unificado, cuyo modelo sería Soares, contando con el apoyo activo de la social democracia alemana, y con la esperanza de volver a pactar con la democracia cristiana, pero no en condiciones de debilidad como en los años sesenta, sino desde una posición de cierto equilibrio. Pero a mí me parece que esta política no tiene ninguna posibilidad de triunfar; aparte de que el Partido Socialista ha perdido, por sus constantes giros a derecha e izquierda, la credibilidad, no tiene posibilidades de seguir la línea de la socialdemocracia alemana porque la gran mayoría de la clase obrera le ha abandonado y apoya al Partido Comunista, de forma que le falta la base para crear un gran partido socialdemócrata.

—Para acabar, después de este examen histórico del socialismo italiano, nos gustaría conocer su opinión sobre la evolución de la otra corriente fundamental de la izquierda italiana: el Partido Comunista. ¿Cuáles han sido las líneas fundamentales de su desarrollo histórico? ¿Y cuáles son, en su opinión, las características fundamentales de su actual planteamiento político, el llamado «compromiso histórico»?

L. B.—El Partido Comunista Italiano, tras la escisión en el Congreso de Livorno, estuvo dirigido inicialmente por Bordiga, un radical contrario a la participación en las elecciones, en el Parlamento, etc., cuya postura fue criticada por Lenin en su famoso folleto **El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo**. Durante el

fascismo, y bajo la dirección de Gramsci y Togliatti, realizó una gran contribución a la lucha antifascista, por lo que la mayoría de sus dirigentes, empezando por el mismo Gramsci, pasaron largas temporadas en prisión. Tras la liberación, el P.C.I. defendió una política de «unidad nacional», es decir de alianza con todas las fuerzas democráticas, dando a este término un sentido bastante amplio: unidad con todos los partidos, salvo los fascistas. Esta política, lanzada ya durante la resistencia, tuvo una proyección concreta desde el fin de la guerra hasta mayo de 1947, con la participación en el gobierno de democristianos, socialistas y comunistas. Después, la guerra fría y el Pacto Atlántico, dieron origen a un gobierno compuesto sólo por democristianos, sin socialistas ni comunistas. Y desde entonces, los comunistas no han renunciado a la esperanza de volver al gobierno con la fórmula de la «unidad nacional», y más tarde con el planteamiento del «compromiso histórico».

Respecto a esta política, al margen de las reservas que durante años he manifestado en muchos debates en relación con la alineación internacional del PCI y con su estructura interna, yo he defendido durante estos treinta años que la estrategia de «unidad nacional» y de «compromiso histórico» me parece un error. Ya en los últimos años de la resistencia, me opuse a la fórmula de «unidad nacional» porque la alianza a cualquier precio con la DC impedía ya en aquel momento preparar una batalla abierta, clara y neta por la transformación de la sociedad; en ese tiempo, escribí que esa política iba a llevar a veinte años de dictadura de la democracia cristiana. Hoy el compromiso histórico puede resultar aún peor: aunque no



Después de ser durante una temporada presidente del Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria, Lelio Basso se alejó de cualquier organización: «Hoy actúo en política —dice— como socialista independiente, no vinculado a ningún partido y ligado sólo a un grupo parlamentario de izquierda independiente.» Gran parte de su actividad en los últimos años se centra en el Tribunal Russell II, tras una de cuyas sesiones le vemos dirigiéndose a los periodistas.

se sabe muy bien qué es este compromiso, parece por los hechos que se trata del intento comunista por participar en un primer momento en la mayoría parlamentaria, y en un segundo momento, en el poder. Para ello, tratan de poner en sordina las luchas sociales y de ayudar a la democracia cristiana a salir de las dificultades en que se encuentra sumida. Esta política es peligrosa, sobre todo de cara al futuro. Yo no soy un ideólogo abstracto, y no me asusto por la

palabra «compromiso»; se que la política es el arte del compromiso, y que hay que llegar a compromisos incluso con el adversario de clase. Pero el compromiso tiene que ser claro, porque si no se corre el peligro de que sea más lo que se da que lo que se recibe a cambio. Y sobre todo, los compromisos de un partido marxista, socialista o comunista, con el enemigo de clase deben ser provisionales. Cuando se define al compromiso como «histórico», no se

sabe cuánto va a durar; de hecho, la alianza que los comunistas proponen con la democracia cristiana parece una alianza permanente.

De todas formas, yo no tengo ningún reparo en decir que, en estos momentos, el partido comunista es el mejor partido existente en Italia. Pero como creo que la crítica es la mejor colaboración con un partido amigo, estoy dispuesto a dedicar todos mis esfuerzos a conseguir que sea un partido aún mejor. ■ M. R. y M. P. L.